

CRÍTICA LITERARIA

Discusión sobre la novela chilena: XVII

El abismo de Nosotros

por Mauricio Wacquez

A contrario que Alfonso Calderón, tratarse de hablar, como profano en el estudio científico de la novela. Y esto se entenderá más adelante. Solo quiero proponer algunos tópicos que se me han ocurrido a partir del tema en cuestión. Fuí llamado aquí como de una literatura representativa de una literatura joven. Comencé declarando que no puedo representar a nadie. Que sólo me represento a mí mismo. Se me ha llamado como miembro de un tribunal en el que se enjuicia a la novela chilena —¿quién con el ánimo de que la defienda. Respecto a lo primero, acepto formar parte con la condición de que quien se sienta en el banquillo no sea nuestra novela sino el hombre y el paisaje que esa novela describe. Porque, ¿a qué hablar de la novela? En cuanto a lo segundo, no puedo defenderla ni atacarla. Creo que la novela se defiende sola. Hijo de la ironía, Hijo Aguiar, Sura, Cornejo, Coronación. El lugar sin límites. La última Biblia, los cuentos magistrales de Skarmella, La diftusa inventiva. Según el orden del tiempo, los cuentos de Coloane, Caballo de copas y Misa de Réquiem, pero no necesito defenderlos.

Pero vamos por partes. Todos tenemos el sentimiento de que se nos escapa una gran parte de la realidad. Digo a nosotros, los chilenos. Proponer hablar de la novela chilena corrobora el juicio de José Donoso: el chileno carece de sujeto, habla sólo con predicados. Los artículos, ya demasiados, acerca de la novela, la han colocado a la altura de las ideas platónicas, un mágico objeto inalcanzable del cual hay que decir muchas cosas inteligentes. La novela es un predicado y al mal no recuerdo lo importante en la oración gramatical, o por lo menos lo primero, es el sujeto. ¿Hacia dónde hablamos de la novela sin referirnos a los temas de la novela? Seamos por lo menos aristocráticos y burocráticos: lo concreto este hombre llamado Juan, esta cordillera de Los Andes, esta región de gente culta e inteligente. Recorramos nuestra ciudad, busquemos esos temas. ¿Qué es lo que vemos? Una revolución de seres que se comen los unos a los

otros más que los otros a unos. Una tremenda enajenación frente a la venta de lo que es nuestro, un lugar donde se realiza lo social, pero donde se encuentra también la contrapartida de eso mismo: la distancia, el desamor, la delación, el crimen, un lugar donde la vida privada no existe —lo que imposibilita las más precarías formas de enajenamiento—. un lugar donde la única justicia es la cruzada y donde existe la pena de muerte como paradigma de virtud; un lugar vertical, inalcanzable, horrible y desesperante, donde el amor es neurótico e incommunicable, en el que el hombre político juega a las composiciones equilibrándose entre el peligro de los extremos; un lugar en el que no se habla porque el desamor no permite el acercamiento verbal de estos bueyes sumergidos en las aguas de nuestras casas, de nuestras plazas, en medio de los monstruos que la técnica ha construido a nuestro alrededor, donde el paisaje no existe, no lo vemos, no lo sentimos, no lo vivimos. ¿Cómo vamos a describir lo que no sentimos, lo que no vemos, lo que se nos niega porque "somos un pueblo respetuoso de las leyes y de los principios de la democracia de la tradición y de los altos valores del espíritu"? ¿Hasta cuán do respetamos la irresponsabilidad? El único principio metodológico posible en la actualidad es la desobediencia, porque es desobediencia a lo irresponsable. Yo muchas veces me pregunto cómo algunos escritores han logrado darnos una visión real del hombre y del paisaje. Real es Integral, sincrética, aristocrática. Una gran novela es una novela de grandes problemas, de pueblos convulsivos por la contradicción, como lo fue Rusia a fines del siglo pasado, como lo es el sur de los Estados Unidos, como lo es el pueblo francés desde comienzos de siglo, un poco como lo están siendo también nuestros países de América. Y nosotros, ¿vamos a seguir hablando de los niños vascos como lo hace Lafourcade?, ¿del amor como Milta Serrana?, ¿de la adolescencia como José Manuel Vergara?, ¿de la estructura social como Guillermo Añas?, ¿de los mundillos como Miguel Fernández



de la naturaleza como Carlos Morand?, ¿de la decadencia de una clase como Mercedes Valdivieso? Por Dios, si hay alguna definición más o menos válida para la trivialidad en literatura, es que impone la ceguera absoluta de lo que es importante y que lo subyugado por lo bórico. Estamos confundiendo la bonitura con la belleza.

La inanidad de nuestra literatura decaidamente revela menor inanidad. No tengo el menor interés de defender algo

que quizás no se defienda por sí mismo.

Todos los días nos encontramos con personas que nos dicen cómo escribir, de qué escribir, e incluso cuándo escribir. A estas personas se las llama críticos. ¿A crítica vendría a ser una ponderación de ese trabajo científico que se hace en la academia alrededor de la estructura de las grandes obras literarias. El crítico es un "antifético de lo literario; no un director de moral literaria. Es contradictorio con la esencia misma de la poesía el que haya alguien que legisle respecto a la elección de temas y a la forma que debiera presentar una obra literaria. La crítica debe atender a lo que hay hecho al delirio. Por otra parte, es innato y negativo que la crítica se dedique a comentar los libros malos. Toda crítica en verdad debería ser apologética. Dejemos que los escritores malos aprendan a escribir. Nuestros días deberían estar llenos de Neruda, Manuel Rojas, Marta Jara, José Donoso, de Carlos Drognet, cuyo "Elly" estoy seguro que leería más con las hormonas que con la inteligencia, y es precisamente ello lo que lo hace grande. Sin embargo, por esto me van a culpar de utópico. Es demasiado pedirles a los críticos que sean responsables. Estamos cansados de leer a Silva Castro, a Alone, a Hernán del Solar, a Edmundo Concha. Sólo habían de sí mismos, y cuentan el argumento. A veces se me ocurre que la única función de los críticos en Chile es la de ser propagandistas literarios al servicio editorial. Y en verdad, esto no se oye. Empero, por los resultados, se puede ver que ninguno de ellos pasaría ni el más elemental examen de publicitariedad. ¿Por qué, ¿a qué esta clase de crítica?

Reflexje la vida entera es el único objetivo de la novela. Y ya es bastante. Por eso hablar del destino de la novela es una forma de hablar del destino de nuestra vida. Nuestra novela es metafísica, peológica, metafísica, sociológica, política, botánica, zoológica, astronómica. Nuestra novela también debe ser metafísica, a pesar de los que dicen que escribir sobre exámenes es escribir a la manera alemana o francesa. Claro, la angustia del futuro no se da a orillas del Mapocho sino en la diferencia entre el asombro y las preguntas que se hace nuestro triste estudiante de liceo frente a un amor no correspondido. La vida también de Platón en la hora de su muerte. Entre el escritor y el hombre común hay la misma diferencia que entre los horribles, ciegos oscuros, peces de profundidad y los difusos y colorados que viven en la superficie. El escritor y los peces de la profundidad no son agradables de ver: exploran zonas abismales que nosotros no podemos prestar, soportando todo el peso del mundo.

(Intervención hecha en el curso de Fines Críticas a la novela, patrocinado por el Instituto Cultural de Las Condes.)